

BOB POP

**CUANDO HACES
BOP YA
NO HAY STOP**

**LOS GRANDES ENFADOS QUE HAN
CAMBIADO EL MUNDO Y LAS ENSEÑANZAS
QUE PODEMOS OBTENER.**

CUANDO HACES BOP YA NO HAY STOP

**LOS GRANDES ENFADOS QUE HAN CAMBIADO EL MUNDO
Y LAS ENSEÑANZAS QUE PODEMOS OBTENER**

Bob Pop

temas de hoy.

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Bob Pop, 2014

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2014

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42, 28027 Madrid

www.temasdehoy.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2014

ISBN: 978-84-9998-396-7

Depósito legal: M. 5.680-2014

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.

Printed in Spain-Impreso en España

ÍNDICE

INTRO: A favor de la ira, del cabreo, del patadón en la mesa y de los estallidos que cambiaron el mundo. A mejor, muchos de ellos. Breve historia de la ira	9
1. LA IRA DE LOS DIOS O ¡ESTA IRA ES DIVINA Y NO ES IRA DE FÜRSTENBERG!	13
2. CALÍGULA, NERÓN Y OTROS EMPERADORES LOCOS DEL MONTÓN	24
3. LOPE DE AGUIRRE O ¡DIOS, QUÉ CÓLERA!	35
4. HAMLET. SER O NO SER. ESTAR O NO ESTAR... «TO LOCO». SHAKESPEARE PARA <i>DUMMIES</i>	48
5. DEL ANTIGUO AL NUEVO RÉGIMEN: <i>FRANCE IS LIVING A REVOLUTION!</i> (CANTA, ROSA LÓPEZ; DIRIGE LA ORQUESTA, EL PUEBLO OPRIMIDO)	71
6. «UN HOMBRE ES TAN GRANDE COMO LAS COSAS QUE LE HACEN ENOJAR», WINSTON CHURCHILL	91

7. STONEWALL O CÓMO LAS BALDOSAS AMARILLAS QUE LLEVABAN A OZ SE CONVIRTIERON EN ADOQUINES ARROJADIZOS CONTRA EL ATROPELLO Y LA HOMOFOBIA	107
8. ROSA PARKS O CUANDO LEVANTARSE ANTE LA INJUSTICIA ES QUEDARSE SENTADA	117
9. BETTE DAVIS Y JOAN CRAWFORD: ESCUELA DE MALAS ...	132
10. UMBRAL EL FURIOSO O YO NO HE VENIDO AQUÍ A HABLAR DE SUS LIBROS. Y DE CELA, Y DE FERNÁN-GÓMEZ, CLARO	144
11. DIRECTAMENTE (A HOSTIAS) ENCARNA	160
12. INDIGNADOS. CON RAZÓN. NO HAY BURBUJA PARA TAN POCO OXÍGENO	172
13. EA, EA, EA, EN TUITER SE CABREAN	202
BIBLIOGRAFÍA	219

1. LA IRA DE LOS DIOSES O ¡ESTA IRA ES DIVINA Y NO ES IRA DE FÜRSTENBERG!

Antes de nada, lo importante. ¿Quién diantres es Ira de Fürstenberg y por qué ocupa el privilegiado lugar del chiste inaugural para el primer capítulo de este librito? Me gusta que me hagan esta pregunta y confieso que, más allá del juego de palabras con su nombre y el *shock* que me provocó leer su libro de consejos estéticos *Bella a cualquier edad*, no me interesa nada esta rica heredera. Ni ella ni su excuñada modista: «A mí me gusta mucho más Carolina Herrera que mi excuñada Diane von Fürstenberg», le comentó Ira a Boris Izaguirre en una entrevista. Pues eso. Que ese es el percal.

Vayamos pues con la ira divina. La de verdad. Divina de dioses, ¡como Dios manda! Vayamos a esa ira del Antiguo Testamento y de la mitología griega que tan locamente nos chifla y que supone un hito fundacional del cabreo en grandes dimensiones, del cabreo definitivo, ese que nos marcaría para toda la vida, para toda la eternidad y para toda la especie.

Vayamos con Dios. Y recibamos a Dios —al dios cristiano—, con mayúsculas, porque es nombre propio y coprotagonista de este capítulo, no porque esté reivindicando su condi-

ción de dios único, todopoderoso ni nada por el estilo. Dios como personaje, como personajazo de esta especial «kira divina» (y no, no pienso contar que Ira de Fürstenberg estuvo casada con Alfonso de Hohenlohe y eso la convirtió en una de las glorias vivas de la época marbellí menos siniestra o menos exhibicionista).

Paso de Ira. Total. Me quedo con Dios (que es una frase que podría lucir en una camiseta Tamara Falcó, lo sé).

Dios. A lo que iba. Dios descansó al séptimo día tras crear un mundo muy completito, y al octavo día ya estaba haciendo advertencias a Adán y Eva para que hicieran el favor de no comer del fruto que ofrecía el árbol que ocupaba el centro del Jardín del Edén. *El árbol de la ciencia* (un beso, Pío Baroja, te sigo mucho y te leo, y no como Sofía Mazagatos a Vargas Llosa), el árbol del bien y del mal. Ese árbol. El de las manzanas (un beso, Ana Botella). Hasta que llegó la serpiente, que era un poco satánica, a qué lo vamos a disimular a estas alturas, y enredó a Eva: «¿Cómo es que Dios os ha dicho “No comáis de ninguno de los árboles del jardín?”». Y, claro, Eva, que era muy de precisar las palabras pronunciadas por los reptiles habladores en medio de un parque natural y/o espacio verde protegido de reciente creación, le respondió que no, que no era así, que no era cierto lo que decía (de haber estado como invitada a un debate televisivo, Eva le habría dicho a la serpiente que eso que decía sería «su verdad») y le corrigió: «Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: “No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte”». Acabáramos. Ante eso, obviamente, la serpiente tenía algo que añadir. Un desmentido —no oficial, claro—: «De ninguna manera moriréis..., seréis como dioses, concedores del bien y del mal».

EXPULSIÓN

«... y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín del Edén querubines y la llama de una espada vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida» (Génesis 3, 23-24).

Lo que demuestra que Dios, incluso en su infinito cabreo, seguía siendo un creador de tendencias y que, a la vez que nos condenaba a parir hijos con dolor y a ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente, era capaz de combinar un estampado muy de Versace (Gianni, no Donatella) con un motivo icónico del *tunning* más clásico: ¡la llama de una espada vibrante! ¡TOMA CASTAÑA! Pilonga. Yo me imagino a Adán y a Eva, ya expulsados del Paraíso, hechos polvo, agarrados de la manita, mirando la puerta de entrada del Edén y diciéndose: «No, si lo peor no es que nos echara. Lo peor es que haya dejado esta entrada tan fea, que hace hasta daño a la vista, coño». Cierto es que, históricamente, no está del todo comprobado que Adán y Eva pronunciaran la palabra *coño*, pero tendrán que permitirme algunas licencias poéticas, incluso en un momento como este, mientras analizo un documento científico tan verosímil como la Biblia. Ejem.

Huelga decir a estas alturas que yo soy muy creyente. Pero no en Dios, ni en dioses. Si me apuran, creo mucho más en los adioses; esos sí que son omnipotentes y, cuando duelen tanto como algunos duelen, son omnipresentes y —por desgracia— eternos. Creo. No solo en los adioses: también creo en los encuentros, en los destellos, en la bondad del ser humano, en nuestro rostro durante el orgasmo (dudo que haya tanta verdad en ningún otro de nuestros gestos, ni siquiera en el dolor físico somos tan sinceros). Creo en los amigos, en la familia elegida —sí, esas «afinidades electivas» sobre las que escribió Goethe—, en la inteligencia, en el sentido del humor, en el

miedo como un poderoso resorte que nos impulsa y en quitarse el miedo a fuerza de abrazos como otro poderoso resorte que nos mueve a buscar a quien nos dé ese abrazo y se deje abrazar. En todo eso creo. ¿En Dios? Pues no. Lo que no quita para que me divierta horrores su relato épico. Qué le vamos a hacer. Tampoco creo en Luke Skywalker, pero me quedé de piedra pómez cuando me enteré de que era hijo de Darth Vader y hermano de la princesa Leia. Tremendísima trinidad.

Dios. Sigo con Él. Ese Todopoderoso. Ese Creador creado, ese catálogo de arranques de ira incontrolada que tiene para todos y no se corta un pelo, que lo mismo es capaz de coger un pellizco de barro y crearte a la humanidad a su imagen y semejanza, que se viene arriba en un momentito y decide que hasta aquí hemos llegado. Que una cosa es tener un universo propio bastante apañado, y otra aguantar que se te suban a las barbas como si aquello fuera una reproducción futura de algún artista infiel más aficionado al vino que a las obleas. Así, después de haber condenado a la parte femenina de la humanidad a parir con dolor (un abrazo, Chiquito de la Calzada) y de haber ordenado a la humanidad al completo que creciera y se multiplicara, he aquí que los caprichos de Dios volvieron a ser insondables e impredecibles: decidió que estaba hasta el «altísimo moño» de su propia creación y que algo tenía que hacer. ¿Una terapia de grupo? ¿Un «tenemos que hablar»? ¿Una sesión de *paintball* en algún descampado inhóspito? Para nada.

EXTERMINIO

Tal cual. Un buen día (para Dios, aunque bastante malo para todos los demás), se levantó por la mañana y se sintió extraño

(igualito que Rocío Durcal y Bárbara Rey en aquella película de los años 70, pero con menos filtro en la cámara y menos saltos de cama de poliéster). Dios se sintió extraño y pensó (en atornadora voz alta, sospecho): «Voy a exterminar de la faz de la tierra al hombre que he creado porque me pesa haberlo hecho». En serio. Palabrita de Dios. Resulta que Él se había hartado. Otra vez. Después de que la humanidad empezara a multiplicarse y de que su maldad (la nuestra, la de los hombres y mujeres que habían seguido a pies juntillas las instrucciones de su jefe supremo y señor) cundiera, tomó la determinación —pelín radical, todo sea dicho— de mandarlo todo al garete. Bueno, todo, todo, no. Dios, que tampoco quería cargarse completamente el trabajo que le había costado la Creación (que sí, que había sido solo una semana, pero muy bien aprovechada, muy intensiva, y con unos resultados dignos de miles de años de evolución de las especies —otro beso para ti, Charles Darwin—; con su humanidad, su fauna, su flora autóctona, sus microorganismos...), optó por llamar a su vera al único hombre a quien soportaba en ese momento, al hombre que a Él le parecía en ese momento el mejor en su género: Noé. Dentro Biblia: «Dijo, pues, Dios a Noé: “He decidido acabar con toda la carne, porque la tierra está llena de violencia por su culpa. Por eso, he aquí que voy a exterminarla de la tierra. Hazte un arca de maderas resinosas [...] porque dentro de siete días haré llover sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches y exterminaré a todos los seres que he creado sobre la faz del suelo». ¿PERDONA? Vamos, que Dios elige a Noé porque es el único hombre bueno y le suelta un marrón de mil demonios, le conmina al bricolaje extremo, le da siete días para construir un arca («Hazte un arca de maderas resinosas»). ¡Tócate el dobladillo de la túnica! En verdad una cosa os digo; soy yo

Noé y se me aparece Dios con esas exigencias, y lo primero que le digo es que, a ver, que tampoco soy tan bueno, que mejor que se busque a otro para el encargo y que ya, si eso, me voy poniendo el neopreno. Hazte un arca de maderas resinosas en una semana y, en los ratitos muertos que tengas, Noé —que yo sé que tú eres buenísima persona y no me vas a fallar, porque tú sí que eres un hombre justo, no como todos esos hombres y mujeres que andan por ahí poniéndolo todo perdido de violencia—, me vas buscando a una pareja de cada especie animal para meterlos en el arca y salvarlos de la muerte y la destrucción que pienso provocar, yo solito, después de un arranque de ira divina que he tenido y que me ha puesto del mismísimo bolo. Qué barbaridad, qué cabreo más tonto y qué manera tan poco razonable de acabar con toda la carne. ¿Que no podría haberse hecho vegano el Señor? ¿Que no le podía haber dado por posar en pelota picada para un cartel de la asociación animalista internacional PETA? Pues no. Un diluvio. Y universal. Y de cuarenta días y cuarenta noches. Eso sí que tuvo que ser una crisis de los cuarenta y no lo mío.

Yo creo que la humanidad aún no se ha recuperado de aquello. De hecho, yo creo que esta obsesión de la humanidad por la información meteorológica en la tele —y en las aplicaciones móviles del teléfono inteligente— viene de entonces. Del miedo que nos da que nos manden otro diluvio. Y no por lo molesta que es la lluvia, que también, y te deja el pelo hecho unos zorros, y se te quitan las ganas de calle, y te entran otras muy locas de meterte en la cama hasta que escampe y ver comedias románticas de Jennifer Aniston, porque ella tiene un pelo perfecto sobre el que no ha llovido, y además te apetece mucho recrearte en la autocompasión viendo a la Aniston, esa actriz americana de quien Brad Pitt se divorció para irse con Angeli-

na Jolie y repoblar el mundo. Jennifer Aniston, la Belén Esteban de Hollywood. Tal y como os lo digo: la americana ha dado casi tantas entrevistas contando lo mal que se portó Brad con ella como las que ha dado la española relatando su salida de Ambiciones y poniendo a caer de un burro —disecado, suponemos— a su ex, Jesulín de Ubrique...

¿Qué iba diciendo? Ah, sí, que nuestra obsesión enfermiza por conocer las previsiones meteorológicas viene del miedo a otro diluvio. Y que no es por lo mal que nos sienta la lluvia, sino por lo mal que cargamos con la culpa. Es ese temor a la lluvia que tiene algo de miedo a otras cosas, al «algo habrás hecho». ¿Que se va a pasar toda esta semana lloviendo sin parar? ¡Eso es que Dios —que para mí no existe, pero para mucha gente es verdad, camino y luz— se ha vuelto a cansar de tanta carne y nos piensa exterminar! Y, claro, esto también explicaría el éxito del bricolaje: tantas mujeres y hombres temerosos de Dios que se creen buenos, los mejores de su especie, esperando SU aparición para darles un mensaje rolo Noé. Esperando ahí, bien preparados: con las láminas de madera resinosa apiladas, las herramientas a punto y el garaje ordenado. A mí, esa gente me da más miedo que la lluvia. Más miedo que un nublado que pudiera preceder a otro diluvio universal como radical campaña de impacto contra la carne. Más miedo que esa masa enfurecida que se acaba de apostar debajo del balcón de mi casa, junto al que escribo (como ya he comentado antes, vivo en un primer piso y, alguna vez, en verano, mientras tecleaba en el ordenador con las puertas del balcón abiertas, me encontré a un señor, abajo en la acera, chistándome, «¡Tch, tch, tch!», y preguntándome si le podía lanzar un euro. De verdad. Prometido. No lo hice, claro. No por racanería, sino porque soy consciente de mi pésima puntería y no quería aca-

bar descalabrando al pobre hombre de un eurazo en la cabeza). Pues bien, hoy no tengo a un buen señor debajo de mi casa pidiéndome un euro, sino a una masa enfurecida que ha leído por encima del hombro desde la calle —no me pregunten cómo lo han hecho— y me grita:

«¡MUCHO METERTE CON DIOS,
PERO SEGURO QUE CON ZEUS NO TE ATREVES!».

¡Ah, no! ¡Desafíos a mí, no! Y mucho menos desafíos a pleno pulmón enfrente de mi casa. ¿Que no soy capaz de meterme con Zeus, el dios griego? Lo vais a flipar. «LO VAIS A FLIPAR», grito a los manifestantes apostados bajo el balcón de mi casa con los brazos en alto y a punto de marcarme un «No llores por mí, Argentina» mítico. Pero sé que tengo que seguir con este libro y que tengo una cuenta pendiente con Zeus, el griego. Zeus, vamos a hablar tú y yo. Que me he enterado de cosas tuyas, Zeus, que no me gustan ni un pelo. Y conste que no me he enterado por ahí de la boca de cualquiera, o en una cuenta de Tuitter de fuentes poco fiables. Ah, no. Yo sé esto gracias a *El banquete* de Platón; más exactamente al discurso de Aristófanes que refiere Platón en su «banquete». Y como tú comprenderás, Zeus, yo confío a pies juntillas en ambos: en Platón y en Aristófanes. Porque yo soy fiel a mis clásicos.

Cuenta Aristófanes en su discurso el mito del andrógino. Uno de mis mitos favoritos. Un mitazo. Por si acaso no lo recuerdan, les refresco brevemente la memoria: narra la leyenda que, al principio de los tiempos felices, sobre la faz de la tierra convivían tres géneros humanos: el masculino, el femenino y el andrógino. Del masculino y el femenino poco les voy a

contar que ya no sepan..., mejor me centro en los andróginos, que eran unos felices seres redondos, con cuatro brazos, cuatro piernas, dos rostros en una misma cabeza y dos órganos sexuales (masculino y femenino) que quedaban enfrentados el uno al otro por debajo del vientre, que los unía por la mitad. Lo cual explica, en parte, que vivieran en un estado de felicidad constante. Una dicha tan efervescente que les hacía fuertes y poderosos, tanto que se les subió a la cabeza y decidieron echarse al monte (del Olimpo) y atentar contra los dioses. ¡Mal! ¡Muy mal! Porque eso a Zeus no le hizo ni pizca de gracia y, en pleno arranque de ira ciega, decidió acabar con ellos. Pero, y atención a esto que es MUY bueno, Zeus decidió acabar solo con los andróginos y no con toda la raza humana. ¿Y por qué? ¿Porque los hombres y mujeres no habían decidido atentar contra los dioses? ¿Porque ellos eran inocentes de esa falta, de ese exceso de soberbia y de esos instintos iconoclastas que los andróginos abrazaron —a su manera, claro, de perfil, supongo— con fruición? Pues no. No fue por eso por lo que Zeus decidió acabar solo con los andróginos. Fue por una razón que me chifla locamente a ritmo de Las Grecas: el dios jefe de los griegos, el puto amo del dioserío heleno clásico acabó solo con parte de la humanidad —la andrógina, la rebelde— porque si acababa con todos los hombres y mujeres —que también podrían acabar siendo una amenaza para el Olimpo en algún momento—, perdería lo más importante que posee un dios: a quienes creen en él. En efecto, Zeus no acabó con los seres humanos, porque Zeus necesitaba a los seres humanos para que creyeran en él, porque sin los creyentes, él dejaría de existir, porque sin quienes se alimentaban de su mito, quienes le temían, veneraban, consultaban e invocaban, Zeus no sería. No estaría. No tendría sentido ni entidad. Piénsenlo bien, porque

es absolutamente maravilloso; porque es pura poesía conceptual y una joya ontológica que, por otro lado, podría explicar también el asunto de Dios y Noé: tal vez Dios no eligiera salvar a Noé y cargarle con el marronazo del arca y el zoo acuático porque Noé fuera el mejor hombre sobre la tierra, sino porque su fe en Él era inquebrantable. Y eso, maravillosa paradoja, no garantizaba la supervivencia del género humano y animal tras el diluvio, sino la del mismo Dios. Si Dios hubiera acabado con todos en ese diluvio universal de cuarenta y días y cuarenta noches, no habría quedado nadie sobre la faz de la tierra que creyera en él. Y eso le hubiera hecho desaparecer. ¿Todopoderoso? Claro. Y un rato listo...

Pero volvamos un momento al mito del andrógino, porque su hermosa y pulida superficie me servirá como trampolín para un salto a otras ficciones, contemporáneas en este caso. A una ficción fabulosa que también tiene que ver —y mucho— con el trasunto de este libro: la ira, el enfado. Esa magnífica ficción es una película que fue primero un musical del *off* Broadway y que vuelve como musical del Broadway más *in*: *Hedwig and the angry inch* (*Hedwig y la pulgada enfadada*), que relata la historia de un niño de Alemania del Este (cuando esa Alemania y ese Este aún existían) que, para poder cruzar el muro en compañía de su novio, soldado americano, opta por extirparse el pene y pasar a ser mujer en su pasaporte, para así poder casarse legalmente. Pero algo sale mal durante la cirugía —sí, ese algo tiene que ver con la pulgada que aparece en el título de la película— y, entre espléndidas canciones en homenaje al *punk rock*, una historia de amor, fama y éxito conmovedora y muchas pelucas, acabamos conociendo la historia de Hedwig y su pulgada airada. Hedwig, que incluye en su repertorio musical una de mis canciones favoritas: «The origin of love» («El origen del amor»)

en la que se narra el mito del andrógino ilustrado con unos preciosos dibujos. Una maravilla. Si no la han visto, no sé a qué esperan. Porque el enfado de Hedwig, quizás más que los de Dios y Zeus, también han hecho que el mundo cambie. En este caso, mi mundo. Y a mejor.

ENSEÑANZAS

- ✓ Los dioses necesitan que creamos en ellos mucho más de lo que nosotros necesitamos que ellos crean en nosotros. Nosotros existimos sin ellos, ellos no existen sin nosotros.
- ✓ Si, por un casual, se te aparece Dios para decirte que viene a darte un premio por tu buen comportamiento, vete preparando el kit de ebanistería. Y un impermeable. Avisadas estáis, amigas.
- ✓ Que Zeus Tous se llame así no es una casualidad del destino; su carrera musical ha llegado para culminar la sed de venganza del capo de los dioses del Olimpo.
- ✓ Vean *Hedwig and the angry inch*. Les va a encantar.